



Circuit Estable de **Cinema Català**

CRÍTQUES DELS MITJANS DE COMUNICACIÓ DE LA PEL·LÍCULA "PETRA"

Fotogramas – Segi Sánchez

Para amantes de la tragedia desdramatizada con calado emocional.

Lo mejor: conmueve y tiene misterio.

Lo peor: que su trama pueda parecer en exceso rocambolesca.

Como Todos lo saben, Petra tiene ingredientes de folletín, empezando por la búsqueda de un padre biológico y acabando por la villanía fáustica de un artista del mal, pero, al contrario que Farhadi, Jaime Rosales sabe cargar ese material con la electricidad del fatum trágico sin renunciar a deconstruirlo, a marcar una distancia con sus estrategias.

Es posible que sea su película más accesible hasta la fecha, pero en ella sigue experimentando con dispositivos (movimientos laterales de la cámara, que prolongan la duración de una escena mientras el corazón de esta sigue latiendo fuera de campo; una estructura capitular y discontinua, que desmonta sin descanso las expectativas que genera un relato jugando con su previsibilidad) que se interrogan, indirectamente, sobre qué sentido tiene narrar una historia, cuál es la responsabilidad moral del cineasta a la hora de decidir sus derivas. No es casual que, en el epicentro del film, haya un demiurgo que mueve los hilos, un dios perverso que controla la puesta en escena de sus monstruosos trucos para hacer avanzar la trama hasta que esta se independiza, toma cartas en el asunto, se adueña de sí misma para albergar una esperanza de reconciliación, lejos de ese genio del mal que entiende el arte como un valor de mercado.

Podría pensarse, pues, que Petra sirve en frío su reflexión sobre la verdad en el arte y sus equivalencias éticas, pero lo cierto es que Rosales encuentra el modo de que su tragedia cale hondo, emocione y vibre en el espectador. Cuenta, claro, con la ayuda de un casting excepcional, que lidera una Bárbara Lennie capaz de manejar la dimensión obsesiva de su heroína mientras lidia con una fatalidad que parece estar predestinada a petrificar su futuro.

Sin embargo, el gran descubrimiento es Joan Botey, que a los 77 años debuta como actor en un papel que es un caramelo envenenado: sin mover un músculo, con una indiferencia ante el género humano que hiela la sangre, es capaz de sacar a pasear la crueldad de su personaje como si la hubiera alimentado durante toda una vida ante las cámaras.

Cineuropa – Alfonso Rivera

Jaime Rosales ejecuta una sofisticada tragedia de aroma clásico, la cual se cierne amenazante sobre una rica familia de artistas, contaminada de mentiras, abusos, secretos y crueldad

El destino es imprevisible, imparable y déspota. Lo sabía Homero y la Historia y el Tiempo se encargan de apuntalar dicha aseveración. Petra [+], la protagonista de la nueva película de Jaime Rosales, cuyo nombre da título al film, es una mujer que, tras el fallecimiento de su madre, busca a su desconocido progenitor y, en esa empresa, se encuentra con un mundo que, lejos de ser ideal y así remiende su incompleta identidad, la llevará por unos vericuetos impensables y tremendos. Pero esta odisea que sobre el papel puede sonar a culebrón desatado es orquestado por el director de Hermosa juventud [+] con un pulso calmado, elegante y sofisticado, donde lo humano convive en armonía con lo intangible, otorgándole un halo fantasmal a, para quien esto firma, una de las mejores obras de este cineasta que ha vuelto al Festival de Cannes, por quinta vez, para presentar en la Quincena de los Realizadores su film número seis.

Protagonizada por unos magníficos Bárbara Lennie (que encarna a la chica del título y a quien vimos hace poco buscando a su madre en La enfermedad del domingo [+], de Ramón Salazar), Álex Brendemühl (que ya actuó en Las horas del día, ópera prima de Rosales), Petra Martínez (también habitual en la filmografía del barcelonés, pues destacó en La soledad [+]), la joven promesa confirmada Oriol Pla y la divina Marisa Paredes, en un rol breve y contenido, pero de una fuerza arrolladora, Petra alterna en sus escenas a estos actores bregados con un casting de no profesionales (donde destaca Joan Botey) que le aportan verdad y naturalidad a una trama que pide a gritos no despeñarse por los abismos del melodrama enfático.

Rosales –que firma el guion junto a Michel Gaztambide (No habrá paz para los malvados [+]) y Clara Roquet (10.000 km [+])– ha conseguido domar a esta fiera narrativa insuflada de una crueldad máxima, donde el maltrato psicológico resulta más doloroso de contemplar que un Tiro en la cabeza [+] (así se titulaba otra película del director, quien casi siempre incluye la irrupción cotidiana de la violencia en sus trabajos).

Hay asimismo que destacar la luminosa fotografía de Héléne Louvart (que camufla la más oscura de las toxicidades), la envolvente banda sonora de Kristian Selin Eidnes Andersen y la dirección artística de Victoria Paz Álvarez en un largometraje donde el movimiento sinuoso y elegante de la cámara que barre los escenarios y el sonido subyugante completan este cuadro que plasma cómo cada decisión que tomamos –acertada o no– influye poderosamente en quienes nos rodean.

ABC – Oti Rodríguez Marchante

La cima del «culebrón», el abismo de la tragedia

La historia está tramada de forma capitular, pero los actos no siguen el orden numérico lógico, sino que se ordenan de tal modo que el tiempo cronológico sea tiempo emocional

Un «culebrón» ennoblecido, y que aturde con golpes de tragedia

Cada vez resulta más interesante atrapar el estilo del cineasta Jaime Rosales, pues en cada una de sus películas explora en el lenguaje cinematográfico con una indumentaria técnica, formal, distinta, y siempre con la idea de arropar con ella la gran carga dramática de un relato que tiende a situarse en un extremo, nunca en la llamada «zona de confort». Un repaso a su

filmografía (que se obvia aquí), arroja claves sorprendentes sobre la oscuridad de sus argumentos y lo variado y vistoso de su ropaje exterior.

La historia de «Petra» es clara, cristalina: a la muerte de su madre, una joven busca a su secreto y encubierto padre, y sus sospechas la llevan hasta el interior de una casa y de una familia, y a un cruce de secretos, sentimientos, pasado turbio y fatalidades que le obligan al director a manejar claves tópicas, o clásicas, del melodrama, aunque, fiel a su estilo rastreador, le arrebatara cualquier síntoma previsible a la historia mediante la mirada (la cámara, lo que muestra, lo que oculta), la estructura narrativa y la construcción insólita, complejísima y casi salvaje de los personajes, y en especial el del “padre”, un ejemplar único en el que conviven con naturalidad asombrosa la crueldad, el arte, el cinismo y un talento no impostado para la vejación y la falta de conciencia.

La historia está tramada de forma capitular, pero los actos no siguen el orden numérico lógico, sino que se ordenan de tal modo que el tiempo cronológico sea tiempo emocional: el espectador sigue la historia pisando las huellas de los sentimientos que irá teniendo después. Es un «culebrón» ennoblecido, y que aturde con golpes de tragedia. Magníficas, milimétricas, apabullantes interpretaciones de Lennie, Brendemühl y Paredes; brutal y angustiosa la de Carmen Pla, y mucho más allá del elogio la de ese «padre» que interpreta Joan Botey, un actor novel al que le vendrá pequeño el Goya.

Cinemaldito - Pablo Castellano

Con Petra, película que remite ya a la tragedia griega desde la solemnidad del nombre propio que da lugar al título, Jaime Rosales vuelve a hacer gala de una inteligencia y de una sensibilidad que están a la altura de pocos. Así, y mediante una serie de capítulos —en cuyos títulos ya se nos indica lo que va a ocurrir, la imagen solo se ocupará de describir la acción— que alteran la cronología de los hechos para dar lugar a una narrativa fragmentada, el director de Barcelona nos presenta a una pintora joven, Petra, que se acomoda en la casa de un pintor viejo, cabrón y de éxito. ¿El motivo de todo esto? La artista cree que se trata de su padre. Partiendo de esta premisa, típica como ninguna otra, por supuesto, Jaime Rosales se adentra en la vida de una familia fracturada y de todo lo que se encuentra alrededor de ella. La cámara del autor de Hermosa juventud (2014), que estará sometida a un perpetuo movimiento que recorre los exteriores e interiores desde el encuadre sin personajes hasta el encuentro de la figura humana, para después dejarla de lado de nuevo, entrará en contraste, desde la suavidad y parsimonia de su pasear, con la intensidad de las acciones que registra. Una intensidad esta, que recrea Jaime Rosales, que va de la humillación y el sadismo en el sexo que se deriva de las relaciones de poder y de las jerarquías que pare el dinero —es muy interesante la explicación que de esta secuencia hace el cineasta en su libro genial El lápiz y la cámara (La Huerta Grande, 2018), que precisamente fue redactado, a modo de notas de rodaje, de manera paralela a la creación de Petra—, al misterio que suponen el perdón y la culpa, pasando, claro, por la sangre que causan las pasiones humanas.

Y es que, si hubiera que señalar uno de tantos talentos que posee Jaime Rosales, bien podría ser aquel que consiste en guiar a sus personajes para llevarlos por un camino que va de la libertad de movimiento a una tensión progresiva y su consecuente resolución, pero desde la calma, la distancia y cierta apariencia de frescura, sin alterar el ritmo de la narración o el movimiento de la cámara en la salida trágica, dando a todo esto un aspecto de normalidad, al asumir Rosales el papel de simple descriptor, que pone los pelos de punta. Es en la suma de estos elementos, así como en los contrastes que se dan entre ellos, donde residen la

particularidad y la esencia de la manera de hacer de este autor, esencia o punto común, por cierto, a partir de la cual Rosales es capaz de tomar diferentes soluciones formales en cada película, sin llegar nunca a apartarse de ella por completo. Esa es la magia de este director, comparable quizá a Albert Serra en esa necesidad de aunar vida intelectual en bruto con el gusto exquisito y la creatividad desmedida, características dejadas de lado por aquel superhábit de artesanos que, desde su carencia de motivación hacia la lectura y los temas serios, no terminan por aceptar —la prensa les sirve de apoyo en su manía, aunque quizá el término más apropiado sea obsesión patológica, de atender siempre a estos últimos que hacen por hacer— unas élites y unas jerarquías dentro del cine que, por mucho que se empeñen en negar desde la soberbia que caracteriza al tonto de la clase, están ahí, lo sepan todavía o no. Digan lo que digan estos modernos con pinta de gente corriente, yo nunca me fiaré de un director que no haya estudiado primero una carrera universitaria que no tenga que ver con el cine. Seguiré mientras tanto yendo a ver los grandes de nuestro tiempo, entre los que se encuentra un Jaime Rosales que siempre nos regalará un Rosales, aunque sin necesidad de copiarse y repetirse. Un genio que explicarán en los colegios a las próximas generaciones con la misma solemnidad que enseñaron a la mía a Galdós y a Baroja.

Nosolocine - José López Pérez

Un gran drama, una obra magnífica en la que todo está a gran nivel

“**Petra**” es un gran drama, una película que conmueve y que tiene un guión inteligente que firman **Jaime Rosales**, **Clara Roquet** y **Michel Gaztambide** que se mueve hábilmente en varios tiempos y que genera una intriga muy potente, en la que el paisaje, lo rural, tiene gran importancia. Está muy lograda la fragmentación.

Entre los temas que se plantean están la maldad, la humillación, el mundo del arte e incluso el perdón y la redención. El eje que vertebra la película es la necesidad de la protagonista de conocer sus raíces, de conocer a su padre del que su madre siempre le ha ocultado la identidad.

Los personajes están muy bien creados, muy trabajados. El conjunto es sofisticado y armónico, todo va a favor de obra. Hay una acertada fusión de cine clásico y cine moderno.

“**Petra**” es, sin duda, la película más redonda y prodigiosa de [Jaime Rosales](#) (Barcelona, 1970). Inusual y maravillosa banda sonora de **Kristian Eidnes Andersen** que en algunos momentos logra ser un elemento narrativo más, tiene identidad propia y al mismo tiempo es sorprendente y de gran belleza.

Todo el reparto está muy brillante. La gran sorpresa es **Joan Botey**, borda su personaje, Jaume un maduro artista plástico que es despiadado y manipulador, y ha amasado una gran fortuna con sus obras. **Bárbara Lennie** vuelve a demostrar su talento (su personaje está en las antípodas del que interpreta en la, también, magnífica “El reino”, actualmente en cartelera), es Petra que quiere dedicarse al mundo del arte y que necesita saber quién es su padre. Por su parte **Àlex Brendemühl** es el hijo de Jaume, y es muy diferente a este, representa la bondad. **Marisa Paredes** aparece menos pero tiene un par de escenas magistrales. Es la esposa

de Jaume. Por su parte, **Carme Pla** hace un trabajo excelente, sale poco en pantalla pero aporta mucho. **Oriol Pla** también brilla, su personaje va ganando protagonismo a medida que la trama avanza.

En definitiva, "Petra" es una gran película que dura 107 minutos, justo los que necesita para contar esta historia con brillantez, no hay nada superfluo.

Es una de las mejores películas de 2018, de las mejores de los últimos años.

El Mundo - LUIS MARTÍNEZ

La tragedia griega según la mejor versión de Rosales

'Petra', presentada en la Quincena de realizadores, sorprende con una brillante, profunda y muy gamberra reflexión sobre la humillación, el arte y el perdón. Lo mejor visto hasta el momento en Cannes

El su libro 'El lápiz y la cámara', Jaime Rosales reflexiona sobre su oficio. Lo hace con dramatismo, pero sin pausa. No es sólo una explicación de su ideario como cineasta, que también, sino que el texto aspira a convertir cada uno de los aforismos, reflexiones o apuntes que lo informan en manifiesto de vida, en declaración ética. Incluso política. "Antes que ideológica", dice, "la resistencia tiene que ser estética". Allí deja claro también que ningún arco dramático rivaliza en profundidad con el que va desde la traición al perdón. La primera lleva a la venganza. Siempre hacia adelante. Y así hasta que, tras la sorpresa inicial por lo inaceptable, surge la necesidad del cambio más radical de todos. Sólo la santidad, o algo parecido, permite el perdón total al que traiciona. 'Petra', a su modo, trata de todo esto. 'Petra', que el jueves cayó con todos los honores en la Quincena de los Realizadores, es, de la manera más radical posible, Rosales. Es película con la misma vocación que también ella es manifiesto. Manifiesto de cine y de vida. Por un lado, la cinta se levanta ante el espectador como la más acabada, fiel y hasta perfecta obra de su director. Con sus primeros y estilizados trabajos comparte la vocación de irrumpir en la evidencia de la vida cotidiana para desnudarla de sentido. Y como su último experimento ('Hermosa juventud') vive de la necesidad de llegar al público, de irrumpir en su mirada con claridad y urgencia. Y con dolor también. Es profunda con la misma actitud que gamberra, es provocadora sin dejarse llevar por el espectáculo del escándalo.

Estructurada en actos, la película aspira a comportarse como una tragedia griega. Pero sin que se note. Una mujer (sorprendente y cada vez más grande a cada paso que da Bárbara Lennie) quiere saber quién es su padre. Su investigación, llamémoslo así, le lleva a casa de un artista (igual de sorprendente el no actor, pero sí artista de verdad, Joan Botey). Allí conocerá a la mujer (Marisa Paredes) e hijo de este último (Álex Brendemühl). Lo que sigue, siempre alrededor de la familia y sus accidentes, es el descubrimiento de una traición y la obligación, quizá imposible, del perdón. La calculada y minuciosa estructura de cinta conduce al espectador por un extraño laberinto a la vez ajeno y perfectamente reconocible. La cámara se coloca siempre de frente en el lugar más transparente de todos. Las escenas se van hilando en planos que son a la vez secuencias tan tensos y crudos que estiran la mirada. Todo queda a la vista y, sin embargo, lo que cuenta es la herida que discurre por dentro. Tan perfectamente oculta que acaba por verse perfectamente. Demasiado quizá. Buena parte del cine de Rosales

ha vivido empeñado en un ejercicio de prestidigitación cerca del vacío. Cada una de sus películas hasta la fecha se ha hecho fuerte en la experiencia de negarse a sí misma; empeñada en la necesidad de acabar con la ficción de narrador. En el programa figuraba de alguna manera la idea de acercarse a la historia narrada como experiencia, no como cuento o relato. El único personaje, de algún modo, era el propio cuento. Pues bien, ahora modera el gesto y se deja empapar por la humanidad, a veces cruel, de cada uno de sus actores, de cada una de las historias (todas tristes) que arrastran sus personajes. Y eso, no sólo hace más accesible el camino, sino que también mucho más emotivo, intenso, doloroso. Cuenta Rosales que el arte, o el acceso a él, no nos hace mejores. "El arte te enriquece como persona, pero no te hace bueno", dice. El comentario viene a cuento de una de las reflexiones que inunda la película: ¿Es posible acercarse a la belleza desde la maldad? También insiste en la idea de que para el español, "siempre tan propenso a la humillación", el perdón es algo tan ajeno como presente en todo momento. Se plantea constantemente para negarlo siempre. Y es aquí, donde el ideario estético de Rosales cobra consciencia de su dimensión política. Todo ello está, y de manera casi magistral, en 'Petra'. Hasta el momento, sin duda, la mejor y más clara película vista por estos lares.

El Periódico – Quim Casas

'Petra': Perversión decimonónica

Rosales sigue fiel a su identidad a la vez que se adentra en los dominios de la narrativa popular

Siendo una nueva exploración de los recursos de la puesta en escena cinematográfica, en este caso con una relación muy particular entre los personajes y los espacios que ocupan tanto en las escenas en interiores como en exteriores, Petra es, argumentalmente, una de las películas digamos que más "fáciles" de Jaime Rosales, ya que plantea, hoy, una historia digna de un folletín decimonónico sobre el lado más perverso de la condición humana. Con su estilo de planificación y dirección de actores de procedencias bien diversas, Rosales sigue fiel a su identidad a la vez que se adentra en los dominios de la narrativa popular.

Time Out – Sergi Sánchez

Bárbara Lennie hace de Petra, una mujer que está de residencia en el taller de Jaume, un artista diabólico

Tiene nombre de tragedia griega, pero en realidad se trata de su deconstrucción, que unas veces deriva hacia el melodrama fáustico y otras hacia el folleto desbordante. Rosales habla de la responsabilidad moral del artista en un mundo en el que prima el éxito sobre la honestidad vital, la mentira sobre la verdad y los valores del mercado sobre los afectos familiares. Y lo hace, como siempre, desde un elaborado trabajo de la puesta en escena y sus estrategias narrativas. Llevando el relato a una perpetua discontinuidad, avanzando información al espectador antes de que la sepan sus personajes, con una estructura capitular recorrida por

movimientos de cámara laterales que recogen y abandonan conversaciones con un espíritu observacional, neutro, consigue, como en 'La soledad', que sus dispositivos de distanciamiento casi brechtiano no ahoguen la emoción que se esconde detrás de la historia de una mujer que quiere conocer a su padre biológico y que, además, desencadena un tsunami de desgracias que pone la piel de gallina.

Un casting en estado de gracia (atención a la pareja Bárbara Lennie-Alex Brendemühl y, sobre todo, al debut de Joan Botey, un demiurgo mefistofélico que hiela el aire con sus profecías) remata la que, seguramente, es la película más accesible de Jaime Rosales, que no la menos dura.

Cinemanía – Andrea G. Bermejo

De los ninis sevillanos a los ninis catalanes. Si algo se puede celebrar del último Rosales es su permeabilidad a la hora de retratar ambientes, desde los barrios menos favorecidos de Hermosa juventud hasta la masía de Petra, su particular homenaje a la tragedia griega y al esnobismo del arte contemporáneo. Su bosquejo de la burguesía catalana resulta muy interesante –¿por qué el cine español habla tan poco de los ricos?–, sobre todo gracias a ese personaje eterno que es Jaume, el artista villano que podría ser el padre de Petra y, por el que ella, con el fin de conocerlo, se hace pasar por una aprendiz. El mérito no es solo del personaje –tanta crueldad sería increíble si no estuviese tan bien escrito: ¿cuánto tarda en aparecer y cuánto sabemos ya de él?–, sino del actor no profesional que lo interpreta, Joan Botey. Su naturalidad contrasta paradójicamente con la impostura del resto del reparto, actores por otra parte siempre solventes pero que aquí se desenvuelven con una extraña frialdad. ¿Es quizás eso lo que nos impide empatizar con sus destinos engarzados en una trama de tragedia griega –con coros que predicen sus funestos destinos tanto como los capítulos que conforman la película–? ¿Cómo es posible, si no, que queramos saber más de ese perverso secundario que sistemáticamente destroza sus vidas que de ellos mismos?

Particular homenaje a la tragedia griega, quizás algo frío.

El antepenúltimo mohicano – Alberto Sáez Vilariño

Petra comienza en el capítulo segundo de su historia, un episodio que vendrá precedido de un rótulo en el que se desvelará su contenido, y que trata de cómo Petra, una idealista pintora enamorada del concepto platónico de la pureza artística, conoció a Jaume, un prestigioso artista a quien visita con la intención de acercarse a su obra y su forma de trabajar como herramienta de aprendizaje y mejora en su proceso creativo. Con la presentación del tercer capítulo –segundo según el orden cronológico–, nos daremos cuenta de que la película seguirá esta tónica de desvelar acontecimientos de absoluta relevancia para la trama, técnica para dirigir nuestra atención, permitirnos que dejemos de pensar en el posible desenlace de cada acción y centrarnos, sin distracciones ni impaciencias, en la correcta diégesis argumental. En su adscripción al cine de la crueldad, Jaime Rosales presenta una intriga hanekiana hasta la médula, que se recrea, no tanto en la estética del sufrimiento promovida por el director austríaco, sino más bien en la teoría de una tortura psicológica desmedida y, en apariencia, sin fundamento. Sin embargo, esos títulos que parecen arrojarnos spoilers a cada momento, no

serán tan relevantes como cabría imaginar, sino que su función será desviar nuestra atención para conducirnos a una exégesis final sublime y de gran impacto.

A diferencia de Haneke, Rosales sí protege al espectador de la sobreexposición a lo doloroso y lo desagradable, lo mantiene en un segundo plano, no lo hace partícipe sino que lo alza a una posición de jurado para que decida la severidad con la que quiere posicionarse en contra de ese artista tiránico que se ha propuesto destruir la vida de quien se cruce en su camino. El silencio y los espacios vacíos que quedaban rellenos por medio de la violencia se verán ahora inundados por una incesante y desagradable perorata con la que el escultor presenta su antipatía hacia el resto del mundo. Desde el comienzo, Jaime deja claro que lo único que le proporciona placer en la vida es la humillación y el sufrimiento ajeno, sentirse superior al resto del universo y subrayar su posición ostentando una postura suplicante de quien recurre a él. No tardaremos en comprender, viendo las muestras de apatía y desinterés que el idolatrado artista deja a su paso, que su actitud vejatoria se debe, en realidad, a un profundo sentimiento autodestructivo que busca una respuesta a la altura de su vehemencia, por ello su imaginación no descansa en la búsqueda de nuevas formas de provocar dolor y padecimiento, sino que anhela una posible confrontación que le devuelva la ilusión y la emoción, para poder sentirse vivo una vez más.

Llegando al tercer cuarto de metraje todo sufrirá una alteración perceptiva cuando nos demos cuenta de que el falso narrador, aquél desde cuya perspectiva están escritos esos títulos que separan los capítulos, es una voz poco fiable que ha podido estar mintiéndonos o, al menos, ocultando lo realmente importante de cada escena, para hacernos caer en su juego de traiciones de confianza. En el desenlace todo cobrará sentido, la aparentemente desordenada presentación de cada capítulo es entendida ahora como una cuidadosa estrategia de revelado progresivo de información para conducirnos a una anagnórisis exitosa con la que, por fin, entender que el perverso maestro logró su propósito, aunque no todo salió como tenía planeado. Petra es un ejercicio de gran solidez y muy bien trazado, que consigue algo tan complicado como hacer de su guion la principal baza narrativa, sin escudarse en espejismos o desmesurados recursos de montaje; una narración tan cruda como inteligente sobre la tiranía en su estado más salvaje.

El País – Carlos Boyero

Tragedia sin aspavientos

Jaime Rosales expresa material truculento sin que jamás aparezca el grito ni el llanto, la violencia es soterrada.

No puedo evitar cierto e injusto recelo inicial ante el cine de Jaime Rosales. Es transparente que en todas sus películas existe innegociable vocación de autoría, que hace lo que le apetece en cada momento, sin pensar en el efecto que puede provocar en eso tan real y decisivo llamado público, sin desviarse del camino que se ha trazado pensando en el resultado que pueden lograr en la taquilla sus singulares criaturas. Y es encomiable mantener esa postura inflexible, no transigir en hacer más accesible tu lenguaje para contar historias. Y tengo sensaciones alternativas con esas narraciones y la forma de desarrollarlas. Me creó perturbación Las horas del día, me costó esfuerzo entrar en La soledad, me resultan irritantes e indigeribles Tiro en la cabeza y Sueño y silencio. Sin embargo, me gusta mucho y me conmueve Hermosa juventud, penetrante y creíble retrato de una pareja joven y a la intemperie. Y me mantengo atento durante todo el metraje de Petra, su última e inquietante película.

Su estructura se compone de seis capítulos en el que se alternan con sentido el pasado y el presente de una tragedia familiar, consiguiendo algo tan meritorio como que el espectador no se haga un lío con la enrevesada historia que le están contando. El material dramático es volcánico. Hay de todo: suicidios y asesinatos, heridas antiguas y renovadas, turbiedad acompañando a todo tipo de relaciones, abusos y chantajes brutales en nombre del poder, enigmas con toque de sordidez, pasiones al límite. Pero Jaime Rosales expresa material tan truculento sin que jamás aparezca el grito ni el llanto —solo hay una lágrima furtiva del personaje que interpreta Bárbara Lennie—, la violencia es soterrada, se desdeña el uso de los primeros planos para retratar emociones, la cámara está en suave aunque continuo movimiento, los diálogos tienen vocación de sobriedad, no son conceptuales pero expresan lo justo. No pretende en ningún momento manipular al espectador, deja mucho espacio a su imaginación.

El director, que venera el mundo y el estilo de Robert Bresson, también le exige a los actores gestualidad mínima, despojar de énfasis su oratoria. Imagino que estará muy complacido con la comprensión de sus deseos por parte de los intérpretes. Uno de ellos me fascina. Al parecer no es actor profesional, sino el propietario de la mansión en la que está rodada gran parte de Petra. Se llama Joan Botey y Rosales le concede el honor de interpretar a uno de los malvados más gélidos, salvajes, venenosos, cínicos y despiadados que he visto en una pantalla. Es un artista muy cotizado que solo valora el arte en función del dinero que pueda generar, especializado en el machaque emocional, tiránico sin necesidad de alzar la voz ni alterar el gesto, un memorable hijo de perra.

El País – Gregorio Belinchón

Jaime Rosales se lanza al vacío de la tragedia griega

A Jaime Rosales (Barcelona, 1970) siempre le apasionó el viaje fílmico. El resultado, la película, le importa, claro. Pero el viaje... "Cada día nos vamos adaptando. Esta película, Petra, la iniciamos todos sin saberla hacer. Llevamos ahora cuatro semanas de rodaje. En este punto, pasado el ecuador, entiendo que ya sé hacerla, y ahora toca variar de nuevo. Hay que cambiar cosas para que no nos instalemos ni en la autocomplacencia ni en la repetición. Encontramos elementos que nos funcionan muy bien y por ello no podemos repetirlos". Lo dicho, el disfrute de la exploración.

A Rosales le gusta mantener cierto secreto sobre el lugar de destino. "Tampoco es que oculte las cosas", asegura con risas en Madrid sobre su sexto largometraje, Petra, en el último día de rodaje en la ciudad antes de desplazarse a Girona, donde continuarán con la filmación. Pero para conocer la trama, mejor preguntar a sus protagonistas. Alex Brendemühl, que ya estuvo en la primera película de Rosales, Las horas del día, desmenuza: "Soy Lucas, fotógrafo e hijo de un artista que es un artista de talla internacional, un monstruo de naturaleza compleja. He sufrido estar bajo el paraguas de esta familia disfuncional. Soy incapaz de romper con el padre. Hago mi vida, aunque sin desligarme del pasado, hasta que llega Petra. Y al comenzar la historia de amor debo resituarme, arrancar de cero... con la imposibilidad de arrancar de cero". A su lado, Bárbara Lennie: "Yo encarno a Petra. Es también una artista, y me gusta cómo el mundo del arte está presente en diferentes vertientes en la película. Al morir su madre, Petra busca a su padre, un gran tabú en su familia, y del que por tanto no sabe nada. Esa búsqueda le lleva a Lucas y a su familia... curiosa. Es un personaje en busca de su identidad". Joan Botey -en su primera película- da vida a ese artista asfixiante y Marisa Paredes, a su mujer.

El cineasta desgrana detalles: "Es una película de muchas sorpresas, de mucha trama que va resolviendo misterios del pasado. Está muy inspirada en las tragedias griegas, en las obras de Esquilo o Sófocles, que luego recoge Shakespeare. Aunque en una historia moderna, con un patriarca malísimo, una mezcla entre rey Lear y Otelo". Hecha la composición, Rosales se sumerge en las motivaciones de su Petra: "Indaga en la crueldad humana, el odio, el amor... Son los grandes temas universales con poca referencia a la actualidad, más allá de que se desarrolla en España y en el ahora".

Esta vez, el director ha pensado mucho en enganchar al espectador: "Desde la escritura del guion, del que hemos hecho 21 versiones, estaba esa voluntad de que hubiera sorpresas, anticipaciones... El destino va avanzando, llegan los quiebros que hacen que la historia cambie...". Lennie interrumpe: "Y la motivación de las sagas familiares, confesiones, secretos desentrañados...". Lo que hace Lennie habitualmente en pantalla: "¡¡Sí!!", reconoce entre risas.

Petra avanza en planos secuencia. Cada secuencia es un plano único sin corte. Durante la visita de EL PAÍS, Lennie se prepara un almuerzo de queso y pan en el apartamento de su personaje, un estudio rebosante de pintura y lienzos. La secuencia se mide rigurosamente y se ajusta a unos 50 segundos. La directora de fotografía, Hélène Louvart, veteranísima del cine francés, vigila desde una falsa distancia física: parece mantenerse al margen; en realidad, controla al milímetro.

Rosales continúa con su versión del proceso: "Petra Martínez, que también actúa en la película, me contaba que le parecía que yo había cambiado mi método de trabajo con los actores. Puede, antes era más intervencionista". Brendemühl recuerda que en Las horas del día ensayaban mucho, Rosales reescribía la historia, y quedaba muy fijado lo creado en las improvisaciones. "Ahora revivimos la secuencia como si fuera la primera vez, cambiando palabras y orden de los elementos. Que nos sorprendamos cada vez. Hay que tirarse a la piscina cada vez". Para el actor, una de las habilidades de Rosales es haber sabido evolucionar y no "haberse instalado en un método que sabía que le podía funcionar". "Cada día es una aventura, nos lanzamos a la piscina", resume el actor. Y Lennie apostilla: "Sin perder la exigencia. A cambio te sientes cocreador de la secuencia".

Y allí se queda Rosales en su exploración: "Cada película requiere de su propia praxis. Y a la vez hemos de buscar nuevos caminos. Ese vértigo de encarar lo nuevo es ineludible. Puede ser un desastre, hemos tenido días de mucho disfrute y otros en los que no hemos sabido cómo salir adelante. Aunque ante todo seguimos buscando. Si no, no hay hecho creativo".